

# Prólogo

## Arte y cultura en los paisajes del viñedo

El filósofo Alan Roger ha explicado con claridad cómo el "pais" (el territorio) se ha convertido en "pais-aje" por medio de un proceso que él, parafraseando al señor de Montaigne, ha denominado "artealización"<sup>1</sup>. Los pintores, desde finales del siglo XVI, empezaron a representar, en los fondos de sus cuadros, territorios que agradaban a los clientes por su amenidad. Cuando esos fondos empezaron a cobrar importancia y algunos pintores en los Países Bajos se especializaron en ese tipo de representaciones, hasta hacerlas autónomas con respecto a las historias y las figuras, fue necesario inventar una palabra técnica para nombrarlos. Es así como surgió entonces el término paisaje<sup>2</sup>.

Los pintores, al fijarse en el territorio como motivo de su arte, fueron descubriendo sus valores estéticos y sus capacidades emocionales. Los espectadores de esos cuadros fueron asimilando así esas cualidades de manera que, cuando los viajeros y diletantes, a partir del siglo XVIII, recorrían otros países o iban al campo a pasear, empezaron a reconocer esas cualidades pictóricas en el propio territorio, extendiéndose entonces el término paisaje del mundo de la representación pictórica al de la realidad física del territorio.

Así, cuando a un determinado paraje le calificamos de paisaje es porque estamos apreciando en él ciertas cualidades que nos lo hacen agradable, es decir, estamos predicando de él unas virtudes específicas que reclaman cierto interés por parte del espectador. El que esas cualidades, en un principio, fueran de carácter estético y emocional, supuso que correspondían a la esfera del gusto, siendo relativas y arbitrarias según la experiencia de cada uno de los espectadores. Sabemos que lo que a unos les gusta a otros les disgusta o les deja indiferentes.

Sin embargo, la diversidad de opiniones en cuanto a las cualidades de los paisajes no tiene su origen sólo en la arbitrariedad del gusto particular sino en las diferentes maneras cómo se contempló el territorio desde la Ilustración. La Enciclopedia mostró unos campos de conocimiento definidos por los diferentes métodos de aproximación científica a la realidad, así, historiadores, geógrafos, naturalistas, economistas o constructores se interesaron por el territorio y se sirvieron de un término artístico, "paisaje", para nombrar las cualidades que descubrían en él, sin que esas cualidades fueran necesari-

amente estéticas o emocionales sino, por el contrario, propias de una precisa observación positivista.

Por esta razón, los grandes acontecimientos geológicos o los lugares con buenas capacidades biológicas son calificados hoy de paisaje por los geógrafos o por los ecólogos, apropiándose de este término en su vocabulario científico. En muchos casos las buenas cualidades geológicas, biológicas, agrarias, económicas o empresariales de un territorio destilan imágenes que resultan atractivas a un observador que contemple con ojos artísticos ya que poseen cualidades plásticas, como las de los cuadros de los que aprendimos a mirar, pero no necesariamente siempre es así.

En cualquier caso, Luis Vicente Elías nos sitúa en este libro ante una actividad económica realizada sobre el territorio: la viticultura que, desde tiempos míticos, se ha venido desarrollando en la Cuenca Mediterránea originando algunos de los paisajes más característicos del mundo: los paisajes del viñedo. A pesar del escaso interés que el cultivo de la vid ha tenido en el mundo de la pintura y, en general, en el del arte, entendiéndolo así extendido a la poesía, la narrativa o la música, los territorios dedicados al cultivo de la vid son, con toda propiedad, merecedores del calificativo paisaje. Lo son no sólo por poseer cualidades estéticas relacionadas con las formas que adoptan los cultivos, el cromatismo de sus plantas, las cualidades visuales de sus pagos, la capacidad de evocación de sus parajes o la carga identitaria de sus regiones, sino por ser depositarios de una serie de valores míticos, históricos, patrimoniales y antropológicos que se superponen como estratos que se reflejan unos en otros, consiguiendo construir unos paisajes de indudable amenidad y belleza.

La belleza no es una cualidad meramente formal del arte. La belleza es un sentimiento que surge de la valoración de la vida frente a la fealdad de la muerte, de la variedad frente a la monotonía, de la ponderación frente al exceso, de la regularidad frente a la deformidad, etcétera. Nuestra cultura, desde el racionalismo de la Antigua Grecia, ha ido sintetizando estos valores en una serie de preceptos normativos que los artistas y, después, las academias, han destilado en leyes estéticas, como los órdenes en la arquitectura, la métrica en la poesía o la armonía en la música.

1 Roger, Alain. *Breve tratado del paisaje*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2007. (1ª Ed. en francés, 1997).

2 Maderuelo, Javier. *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada. Madrid, 2005, 2006.

Cada cultura, en cada época, ha destilado sus propios conceptos estéticos y los ha aplicado después a su idea de paisaje. Cuenta una anécdota muy repetida, que tal vez no sea verdad pero que viene a cuento ahora, que en el siglo XVIII, para apabullar con la grandeur a un embajador del emperador de China que había visitado al rey de Francia, se le llevó a conocer los jardines de Versalles. Esperando que hubiera quedado asombrado con la rotundidad de sus ejes, que hubiera entendido de qué manera el ingenio francés dominaba la naturaleza sometiéndola a los juegos de simetría de sus enfiladas y parterres, se le preguntó qué le había parecido el jardín. El embajador, rompiendo toda prudencia protocolaria, dijo con sinceridad que le parecía muy triste. Intrigados por la inesperada respuesta, se le conminó a una explicación y el embajador respondió que le parecía triste porque en el jardín no había arroz.

Para el oriental el arroz es el símbolo de la vida porque presupone la existencia de agua, de alimento y de trabajo. Toda su cultura depende del agua y del arroz: la comida, la casa, el papel, el trabajo..., por eso los lugares que tienen arroz son bellos para un oriental. Traspasando esta anécdota a nuestro mundo Mediterráneo, creo no equivocarme si enuncio que aquellos lugares que tienen viñedos son intrínsecamente bellos. Cuando visitamos un viñedo las suaves laderas del territorio, las líneas de plantación del cultivo, el color de las hojas, los frutos colgando en exuberantes racimos, los muretes de contención, los cortijos o châteaux que los coronan, son elementos que valoramos paisajísticamente de manera muy positiva.

Pero, como explica Luis Vicente Elías, ni todos los paisajes del viñedo poseen las mismas características ni todos destilan el mismo grado de agradabilidad o belleza. Tampoco todos los observadores nos acercamos al viñedo con la misma disposición e intenciones. El empresario, el biólogo, el campesino, el turista, el geógrafo, el ingeniero o el político local, por mencionar sólo algunos profesionales, buscan y detectan en el mismo territorio cualidades y virtudes diferentes, de muy distinta naturaleza.

La diversidad de estas percepciones y de sus valoraciones conduce a la necesidad de aclarar cuáles son las variables propias del paisaje y qué condiciones debe tener la mirada del observador para que sus apreciaciones sean realmente paisajísticas y no estén instrumentalizadas por el beneficio económico o por las posibilidades técnicas o científicas.

Creo que, de lo dicho hasta ahora, se deduce que la condición de paisaje que posee cualquier territorio es fundamentalmente cultural y no sólo artística o estética. Cuando hablamos de cultura no podemos ignorar que estamos tratando con un término que posee la misma raíz que cultivo y que ambas palabras, cultura y cultivo, provienen del término culto.

Luis Vicente Elías se aproxima al paisaje del viñedo en este libro desde los conocimientos y la metodología del an-

tropólogo que ha estudiado los rituales del culto, que posee cultura y que conoce los cultivos. Él busca en los pagos la manera cómo el trabajo de los paganos (los pageses o paisanos) ha configurado el paisaje. He de recordar ahora que el término país, del que deriva paisaje en los idiomas de raíz latina, viene del término "pago"<sup>3</sup>, palabra con la que se designa de manera particular el territorio destinado al cultivo de la vid.

Frente a los grandes paisajes alabados por artistas y geógrafos, como las apabullantes montañas, los angostos valles o los irresistibles abismos, existe un paisaje común, autóctono o cotidiano que nos ofrece también una gran cantidad de placeres y amenidades<sup>4</sup>. Me refiero al paisaje agrario, en el que un antropólogo de la finura de Elías descubre una serie de elementos característicos producidos por unas actividades rurales que han ido cambiando a lo largo del tiempo pero que han tatuado el territorio con unas marcas reconocibles en su repetición, en sus ritmos y en sus variaciones.

Frente a la errada y aberrante idea de la existencia de un "paisaje natural", la realidad, en una Europa cargada de historia, nos ofrece un paisaje totalmente antropizado ya desde la época en que Plinio el Viejo escribió su Historia Natural. Lo que nos atrae del paisaje europeo no es lo que queda de una supuesta naturaleza prehistórica (que es hoy inexistente) sino lo que tiene de cultural, de culto y de cultivo el territorio que pisamos. La manera en que la historia anónima de millones de campesinos han modelado con sus acciones el territorio hasta convertirlo, por medio de su arte agronómico, de las costumbres de su ritual laboral, en paisaje, las formas cómo los campesinos han "artealizado", con el ingenio de su trabajo, siempre en evolución, el campo.

Hoy los paisajes del viñedo nos atraen porque, en el traumático proceso de la industrialización del campo y el consiguiente abandono de las labores agrícolas tradicionales, el viñedo es un ejemplo de producción agraria de alto rendimiento económico que, en sus transformaciones, sigue ofreciendo valores estéticos y paisajísticos. Luis Vicente Elías, con métodos de la antropología y la etnografía, analiza cómo la actividad del trabajo agrícola destila como resultado un paisaje que se caracteriza por su singularidad y representabilidad, cuyo producto final es el vino, al que hay que asociar un nuevo recurso: el turismo o, mejor, un turismo muy específico que ha ido de la curiosidad por el vino y su elaboración al interés por el campo y sus trabajos. Pero, mejor, le cedo las siguientes páginas a Luis Vicente Elías, que lo explica y describe con una autoridad de la que yo carezco.

**Javier Maderuelo Raso**

Catedrático de la Escuela de Arquitectura y Geodesia  
Universidad de Alcalá de Henares

3 Calvo Serraller, Francisco. "Concepto e historia de la pintura de paisaje". En aa.vv., *Los paisajes del Prado*. Nerea, Madrid, 1993, pp. 11-12.

4 Brinckerhoff Jackson, John. *Descubriendo el paisaje autóctono*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2010. (1ª ed. en inglés, 1984).